

fué de poca estima, porque se bautizaron más de mil almas de todas edades; y en los demas que aún no habian recibido el santo bautismo, parece que habia un deseo universal de morir cristianos, porque, á lo ménos cuando les apretaba alguna enfermedad, se bautizaban: gracias á Dios que los esperaba y espera á todos hasta la misma muerte por su infinita bondad.»

Lo que aquí dice, sucedió en uno de los años siguientes: y si cada año bautizaba mil infieles, bien se deja entender el fruto que haria en más de cuarenta que estuvo entre ellos predicándoles.

Mas porque ninguno piense que compró de balde las preciosas margaritas de tantas almas como llevó al cielo, pondré aquí un pedazo de otra carta que escribió á su Provincial, adonde le dice algo de lo que se padecia en aquella reduccion, por el tenor siguiente:

«¡Glorificado y ensalzado sea Jesucristo N. S., que nunca deja de ilustrar su Iglesia con santos y mártires, que den la vida por su amor para confusion de los tibios, que un poco de penitencia no queremos hacer para ganar el cielo!

»Yo doy gracias á nuestro Señor que me dió á entender algo de lo que es estar á peligro de ser cautivo ó muerto, en un peligro en que el mes de noviembre de 1603 nos vimos, con ocasion de un ejército de enemigos mindanaos que vino á estas islas, que doctrinamos los de la Compañía, y llegó cautivando, matando y destrozando estos pueblos donde estoy.

»A solos dos de ellos llegó y quemó juntamente con las iglesias que en ellos teníamos, y quiso Dios que no llegó á la iglesia y casa principal. Estábamos escondidos en unos riachuelos y arboledas, encomendándonos á Dios y aguardando lo que el Señor le permitiese.

»De otra parte llevó cautivo á un Padre de nuestra Compañía, llamado Melchor Hurtado, natural de Toledo; estuvo nueve meses en el cautiverio, padeciendo muchos trabajos por Jesucristo,» y despues añade: «Yo no soy digno de tanto bien como es padecer por Jesucristo, siendo cautivo ó muerto por su amor, y no seria poco si fuese buen religioso, pues segun el glorioso S. Bernardo, la religion es un largo martirio, y el martirio es una breve religion.»

Esto poco dice en su carta, callando por su humildad la muchedumbre de sus fatigas, peregrinaciones y caminos por aquella tierra fragosísima, habitada de fieras y llena de víboras, culebras y sabandijas ponzoñosas, durmiendo en los árboles sin reposo y pasando las inclinencias de los tiempos, de soles, aguas, aires, frios y calores, andando á caza de aquellas fieras de los indios, peores que brutos irracionales, para sacarlos de sus vicios y alumbrarlos con la luz del santo Evangelio, por cuya causa traia siempre la vida jugada, á

riesgo de padecer violenta muerte por las mujeres que les quitaba por medio del santo bautismo; que á este precio y á mayores se compran estas margaritas; y los que las hallan, dan gustosos estas y mayores fatigas por conseguirlas, como este siervo de Dios, cuyo mayor gusto era padecer por su amor y por las almas que sacaba del cautiverio del infierno.

IV

Es elegido por Procurador de la provincia para Roma, y lo que obró en esta jornada hasta que volvió á Filipinas.

Estando el bendito Padre tan gustosamente ocupado en el ministerio apostólico de la conversion de los indios, y caminando con tan próspero viento en su reduccion, bañando su alma de un consuelo celestial con cada uno que se convertia, llegó el año de 1609, en que determinó aquella nueva provincia juntar Congregacion provincial, y elegir persona de toda satisfaccion que viniese á España y á Roma á informar al rey y á nuestro P. General, que á la sazón era el P. Cláudio Acuaviva, del estado de aquella cristiandad y de la necesidad de obreros evangélicos para la conversion de la infinidad de indios que habia en ellas. Pues, como oí de la boca del mismo P. Alonso de Humanes, en las que él tenia á cargo habia muchos pueblos, todos de cristianos, que en toda la Cuaresma no oian una Misa, por no haber quien pudiese decírsela, y les era forzoso venir muchas leguas por caminos fragosos y llenos de peligros para confesarse alguna vez, y gozar de los divinos oficios.

Viendo, pues, los Padres de aquella provincia la falta que habia de obreros, y la miés tan copiosa de almas que se perdia, determinaron de elegir Procurador para este intento, y, juntos los vocales conforme á la ordenacion de la Compañía, convinieron todos en la persona del P. Alonso de Humanes, sin faltarle voto alguno; y sin duda fueron movidos del Espíritu Santo, porque ellos mismos se admiraron, despues de hecha la eleccion, de haberle elegido. Porque, mirando á los visos de la prudencia humana, no convenia la persona con el oficio, por cuanto el P. Humanes era de su natural muy encogido, amigo del retiro y enemigo de la frecuencia y bullicio de la gente, y mucho más de pleitos y contiendas y de asistir en tribunales; y siendo Procurador era fuerza andar en ellos para vencer las dificultades que se ofrecen siempre en tales legacías, y negociar con el Consejo de la Indias la facultad y dineros para traer sujetos, y con los Superiores que se los diesen, y el go-

bierno y comodidad de todos en tan larga navegacion, todo lo cual no decia con su encogimiento natural.

Pero, como los consejos de Dios son diversos de los de los hombres, escogió al P. Humanes, como á fiel siervo suyo, para este oficio; y con él extendió su mano y le dió gracia y sabiduría para ejercitarle cumplidísimamente con toda satisfaccion. Porque su mismo encogimiento y mansedumbre, y la modestia y humildad con que informó de su justicia y pidió lo que pretendia, cautivó á los jueces y á todas las personas grandes que habló, que cobraron concepto de que era hombre santo y gran siervo del Señor, y como á tal le reverenciaron y estimaron y concedieron con grandísimo gusto cuanto les pidió: que negocia más la santidad y la verdad en un varon religioso, que toda la bachillería y sagacidad del siglo.

El rey D. Felipe III, informado de su Consejo de Indias, le concedió todo lo que pretendia; el Papa le concedió gran suma de indulgencias y reliquias; el P. General de la Compañía quedó muy satisfecho de su persona; y pagado de su verdad y santidad, le dió crédito á lo que le informó de aquella nueva cristiandad, y le dió los sujetos que pidió para poblar su provincia.

Venció sin trabajo suyo muchos y muy intrincados pleitos que traia, porque con su humildad se rendia á los PP. Procuradores de las Curias, y lo ponía todo en sus manos, ofreciéndoseles por compañero para solicitarlos. Y cuando por sus canas no le admitian, se iba delante de nuestro Señor al coro de la iglesia, y perseveraba en oracion todo el tiempo que duraba la contienda de los tribunales, haciendo oficio de Moisés, las manos levantadas al cielo, por los que peleaban por él; y logróse su buena diligencia, porque alcanzó por su oracion gloriosas victorias en todos los tribunales, que no suelen ser ménos dificultosas que las de las guerras muy sangrientas.

Pero las que más admiran, son las que alcanzó de sí mismo; porque dejando aparte el teson y perseverancia que tuvo en la disciplina religiosa y en la regularidad de la vida, como arriba dijimos, sin alterar ni mudar ni disminuir un punto su distribucion en los ejercicios espirituales en tantos caminos y navegaciones, y en tanto número de negocios tan diversos como se le ofrecieron; siempre fué el mismo, siempre con una paz y tranquilidad de ánimo, como si viviera en el cielo; y como he dicho, hablo por experiencia, porque así le juzgué cuando le vi y le traté en esta córte con designio de pasar á Indias en su compañía.

Dejando todo esto y lo demas que vimos de sus grandes ejemplos á una parte, lo más admirable fué, que llegando á esta córte de Madrid, adonde estuvo por dos veces casi dos años, y teniendo á sus parientes tan cerca, que vivian un dia de camino, y en especial su hermana monja en la villa de Ye-

pes, nueve leguas de Madrid, y desando verle y consolarse con él, despues de veinte y cinco años de ausencia, y habiendo de volver cinco mil leguas de España, sin esperanza de poderse ver jamas en esta vida; estuviese tan descarnado de sus parientes y tan desasido de todo afecto de carne y sangre, que no fuese á ver alguno, ni se moviese á llegar un dia á consolar á su buena hermana religiosa, que le tenia en lugar de padre corporal y espiritual, sin que le pudiesen vencer sus ruegos ni sus instancias é intercesiones, y los intereses que esperaba para su alma de su vista y comunicacion: varon verdaderamente santo, más ciudadano del cielo que de la tierra, lleno del Espíritu Santo por quien se regia y gobernaba, y que ni reconocia otro padre más que á Dios, ni otra madre más que á su religion, ni otros hermanos ni parientes más que á sus prójimos, por cuya salud espiritual trabajaba.

Este fué el primer Procurador que vino de la provincia de Filipinas á Europa, y ejemplo de Procuradores y religiosos, enseñándoles cómo han de caminar y negociar, y cuán descarnados deben ser de sus parientes, no se embarazando con ellos, ni cargando de curiosidades y preséas de valor para enriquecerlos.

No faltaron personas graves que, reconociendo su grande santidad, quisieron detenerle en España, en especial los de su provincia de Toledo; pero el santo varon no dió oídos á ellos; que si estaba descarnado de parientes, no lo estaba ménos de su patria, y todo su corazon tenia en Dios y en sus indios, que eran los hijos amados de su corazon, por cuyo bien espiritual deseaba dar la vida, y vivir y morir entre ellos, como lo hizo.

Sólo se pudo recabar de su caritativo espíritu que escribiese á su hermana religiosa alguna cosa de consolacion, lo cual hizo por dos cartas que pondré aquí por ser muy espirituales y de santos documentos, y pueden ser de comun edificacion. La primera dice así:

«Paréceme que oigo á Vm. quejarse de mí, á la manera que la Virgen Santísima nuestra Señora se quejó de su benditísimo Hijo, cuando se quedó en el templo, y le dijo: *Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros?* Y yo podré responder, al modo que el mismo Señor respondió: *¿Para que me buscáades? ¿no sabeis que me conviene atender á lo que mi Padre me mandó?*

Bien se me figura lo que Vm. habrá sentido que no me fuese á despedir por vista, mas por atender á los negocios á que me enviaron, lo dejé de hacer; llevémoslo en paciencia y ofrezcamos á Dios el no vernos en esta breve vida, con confianza que nos veremos siempre en la otra.»

Aquí remata la primera, y para consolarla y animarla en el propósito comenzado, le escribió otra por el tenor siguiente:

«Cuando Vm. desea ser mártir, acuérdesse que el glorioso S. Bernardo

tambien llama mártires á los que se mortifican: y para este género de martirio no há menester ir á Inglaterra, ni venir á Japon, pues en su casa y en su celda se puede mortificar. Y aunque Vm. estará bien enseñada y ejercitada en este género de martirio, todavía le diré que no consiste en tomar muchos ayunos, cilicios, disciplinas y otras asperezas corporales, sino mucho más en refrenar y resistir á las pasiones de ira, envidia y soberbia, con que nacemos, nos criamos y no las conocemos, hasta que Dios nuestro Señor da luz y gracia de mortificacion para refrenarlas: así lo enseñan los santos, y la experiencia muestra. Dice S. Cipriano, que muchos grandes ayunadores, que se mortificaban mucho en el cuerpo, por no enderezar aquellos á la mortificacion interior de las pasiones, habiendo sido puestos en alguna dignidad eclesiástica, despues se regalaban y se airaban y vengaban como un seglar, que nunca trató de mortificacion.

»Procure Vm. de conocer bien su interior, que es tiempo muy bien gastado el que una persona gasta en conocerse á sí misma; y ahora esté enferma, ahora sana, no cese de martirizarse, refrenando las pasiones; así será mártir con un largo martirio, cual Vm. le ha llevado con cincuenta años de religion en esa santa casa; que aunque padezca mucho, respecto de una eternidad que nuestro Señor dará de gloria, apénas parecerá un punto de tiempo.

»Cien años fué religioso el glorioso S. Romualdo con tan áspera vida como de él se cuenta, y más de ochocientos que goza de Dios, y gozará para siempre: ¡cuán poco se le hará ahora todo lo que padeció!»

Estos santos consejos y otros que le dió, animando á su hermana á padecer por Cristo con paciencia y alegría las enfermedades y trabajos que Dios le enviaba, fueron las curiosidades y las preséas de valor que le trajo de las Indias, si bien ningunas más dignas de estimacion, como las estimó su religiosa hermana. El buen Padre en retorno no recibió de su mano otros regalos para tan largo camino, más que sus oraciones, y que se conformase con la voluntad de Dios en no verse hasta la bienaventuranza.

Despachó con brevedad los negocios que traia, y partió á su provincia, adonde llegó el año de 1615, por la fiesta del Corpus Christi, con veinte y dos sujetos que han sido el lustre de aquella provincia y grandes obreros en la viña del Señor, como discípulos de tan insigne Maestro.

Las imágenes y reliquias que llevó, puso en manos de los Superiores, para que las distribuyesen á su voluntad en los colegios de la provincia, ostentándose en todo perfecto obediente y amador de la pobreza, no usando cosa alguna como propia suya.

Concluyó en breve tiempo con tanta felicidad su legacia, porque no se encargó de pretensiones ni de negocios de seglares, ni de otros religiosos más

que de los de la Compañía, y esos regulados por la obediencia, que es el mejor medio para negociar y abreviar, y hacer estas jornadas con acierto y edificacion. Porque los jueces seculares y los príncipes se ofenden, y no pocas veces reprehenden, y se ha visto proceder contra los religiosos, que á título de caridad y buena correspondencia, se hacen procuradores de negocios seglares y de pretensiones ajenas de su profesion, y juzgan que les mueve el interés que les dan por sus agencias, con que pierden su crédito y desdoran su religion.

V

Llega á Filipinas, es electo Provincial, y sus progresos despues de su gobierno.

Llegó á salvamento con tan feliz suceso como se ha visto; fué recibido de su provincia como Padre de ella, y aunque su ansia fué siempre vivir y morir entre sus indios, enseñándoles y doctrinándolos, en esta ocasion le detuvieron los Superiores en la ciudad de Manila, así para que se reparase de tan larga jornada, como para valerse de su consejo.

No estuvo aquí ocioso, porque nunca supo serlo; y así luego entabló ocupacion provechosa á los prójimos, trabajando en los ministerios de confesar y predicar á los españoles, y á los indios convertidos, y á los que venian á comerciar de la China y del Japon, siempre sediento de la salud de las almas, que procuraba por todos los medios posibles.

El mejor fué siempre el ejemplo de su santa vida, la cual era tan edificativa á los de dentro y fuera de la religion, que muchos decian que sólo ver al P. Alonso de Humanes, los movia á penitencia y devocion, y que sin otro sermón más que ver su modestia, su encogimiento y humildad, los convertia. Tal era la compostura exterior que guardaba en todas sus acciones.

Estaba tan mortificado, que los que le trataban decian que parecia una imagen viva de la misma mortificacion: no tenia al parecer más que la piel sobre los huesos, y sólo estaba vivo para trabajar en servicio de Dios; para todo lo demas tan muerto, como si no fuera hombre de carne y sangre como los demas, ni usaba de los sentidos más que para lo precisamente necesario á la vida.

Andaba como transportado en Dios; y así jamas se movió á ver cosas curiosas de tantas como hay en Roma, y en Italia, y Francia, y España, y las tierras por donde pasó.

Los santuarios de los santos visitaba con gran devoción, no por ver el adorno y riqueza de sus edificios, sino por reverenciar sus preciosas reliquias, cerrando los ojos á todo lo demas.

Nunca admitia festines ni convites, ni dió un paso á entretenimientos de jardines ó huertas de recreacion; toda la suya tenia librada en el recogimiento y trato retirado con Dios; allí era su descanso, y el alivio de sus trabajos, y toda su recreacion.

Cuando volvió á las Indias y llegó la flota á las islas de Guadalupe, que son las primeras, y haciendo excesivo calor en los navíos, y abundando la isla de frescas arboledas y dulces fuentes, en que se recrean y reparan los navegantes de las fatigas de su largo viaje, saltando en tierra en el ínterin que la flota hace aguada; no se pudo recabar con el P. Humanes que saliese del navío á tomar un poco de alivio, teniéndole por regalo contrario á su mortificación. Tan negado estaba á todo lo que era gusto sensual, y tan codicioso de ocasiones en que padecer por Dios.

Buena prueba fué de esta verdad lo que le sucedió en Méjico, cuando esperaba las naos de Filipinas para saber de su provincia y disponer su navegacion á ellas; que habiendo llegado y trayéndole los pliegos por la tarde, al tiempo que tocaron á un acto de comunidad, y haciéndole instancia los compañeros que llevaba para que abriese las cartas, estuvo tan mortificado y tan señor de sus pasiones, que no las quiso abrir, y pasó toda aquella noche y buena parte del dia siguiente, en que tuvo su oracion muy despacio, y dijo Misa con el reposo y gravedad que solia, y dió gracias por largo tiempo, y despues abrió las cartas tan deseadas, y dispuso con maduro consejo su navegacion: tan dueño estaba de sus pasiones, y tan casado con la mortificación.

Esta misma templanza usó siempre que fué Superior y Provincial, no abriendo las cartas sino á tiempos que no le pudiesen divertir de sus ejercicios, ni de seguir la comunidad, anteponiendo siempre la paz de su alma y el aprovechamiento de su espíritu á todo lo demas.

Fué gran seguidor de la comunidad, jamas admitió singularidad alguna en la comida ó bebida, vestido ni aposento, ni siendo súbdito ni Superior. Tomaba lo que le daban, como de la mano de Dios; nada pedia y nada repudiaba: cuando la comida le habia de hacer daño á su salud, allegaba el plato á sí y disimulaba que comia; nunca pedia ni admitia otra cosa, quedándose sin comer, por no admitir singularidad: y era proverbio entre los del colegio, que si al P. Humanes le pusieran piedras, probaria á comerlas, por no pedir otra cosa en el refitorio.

Esta mortificación acompañó siempre con el uso de los cilicios continuos,

las ordinarias disciplinas y los ayunos que observó por toda la vida, siendo viejo y cargado de enfermedades.

De aquí nació aquella pureza angélica en que siempre resplandeció, como si fuera un ángel vestido de carne mortal, aunque siempre vivió con mucho recato, cual lo pide la perfecta castidad.

Como tenia sus pasiones tan sujetas, no le alteraban las contradicciones ni se indignaba contra los que le ofendian, llevando las injurias con admirable paciencia por amor de Dios, como se vió en la ocasion que tuvo con un capitan en la isla de Pintados, que por una sospecha falsa que tuvo contra el siervo de Dios, juzgando que ocultaba un delincuente, que pareció luego en otra parte; le dijo muchas injurias, y la menor fué que mentia, y otros oprobios llenos de amenazas, á que estuvo inmóvil, sin alterarse ni mudar el semblante del rostro, llevando aquellas injurias con admirable paciencia: y Dios volvió por su inocencia, castigando al injuriador con la muerte dentro de muy pocos dias; que así vuelve Dios por sus siervos, y venga á los que no se vengán.

En la oracion era tan continuo, que parecia vivir de ella: todo el tiempo que no gastaba trabajando, gastaba orando, ó mental ó vocalmente: las horas canónicas rezaba siempre de rodillas, con grande atencion, silencio y devocion; de la misma manera rezaba sus devociones, como si visiblemente viera al Señor y á los santos con quien hablaba.

No parecia sino que tenia ya negociadas las cosas que pretendia alcanzar del Señor, segun se veian presentáneos los efectos de su oracion, en que recibia luz del cielo para lo que habia de hacer: y fué fama constante, nacida de esta experiencia, que le comunicó Dios el espíritu de profecía, como veremos despues.

Ocupado en estos ejercicios, y en los ministerios de los prójimos en la ciudad de Manila con gran consuelo de su alma, cuando esperaba la licencia que habia pedido para volver á sus amados indios, le vino la patente de Provincial; porque nuestro P. General Cláudio Acuaviva, habiéndole conocido en Roma, quedó tan pagado de su santidad y prudencia, que en la primera eleccion que despues hizo de Superiores para aquella provincia, le hizo Provincial de ella, como á tan benemérito de éste y de mayores cargos.

Estaba el siervo de Dios tan ajeno de pensar que le pudiese venir esta dignidad, por el humilde concepto que tenia de sí, que aunque lo veia no lo creia; y tuvo más necesidad de mortificación para recibir esta dignidad, que para todos los oprobios y las injurias que en varias ocasiones le dijeron: porque deseaba estos y aborrecia aquella; de estos se tenia por digno, y de aque-

lla por indigno: que de esta manera juzgan los santos de sí. Y si quien se lo mandaba estuviera en parte que le pudiera proponer su indignidad, lo hiciera sin admitir la dignidad cuanto permite la obediencia en un súbdito humilde para con su Superior.

Pero ya que no pudo dejar de admitir el cargo, que para él fué carga y no dignidad, al mismo punto escribió al General su insuficiencia, suplicándole que, vista su carta, le enviase sucesor, alegando muchas razones para ello; y la mayor era su insuficiencia, siendo así que ninguno tenia más suficiencia que él.

Cinco años hizo oficio de Provincial con grande consuelo de toda la provincia, sin queja ni murmuracion de alguno, con universal aprobacion de todos; porque no se portó como Superior, sino como súbdito y siervo de todos, tomando siempre para sí lo peor, y dando lo mejor á los demas.

Como era tan manso y pacífico, visitó con grande paz los colegios, esforzando á los religiosos que trabajaban en la viña del Señor, aliviándoles sus fatigas y premiándoles cuanto podía sus trabajos.

Fué fácil en perdonar y difícil en castigar; amaba ser amado, y temia ser temido; y lo que pudo acabar con blandura, no lo acabó con rigor: porque mejor medicina es la blandura que la aspereza, y más sana el aceite que el vinagre.

Aquel caritativo Samaritano del Evangelio curó al llagado con aceite y vino suave, y no usó del vinagre acre y mordaz, dando leccion á los superiores de curar las llagas de los suyos con la blandura de la mansedumbre y el amor de la caridad, como lo hizo este siervo de Dios, en quien no se vió pasion de ira ni venganza, ni moverse en su gobierno por aficion ó amor sensual, sino meramente por la gloria y honra de Dios, que fué el blanco de sus acciones; y como se guiaba por este norte, así fueron todas acertadas, y gobernó santísimamente hasta que le vino el sucesor.

Nunca tuvo la puerta cerrada, recibiendo á todas horas á los que venian á negociar con él; y si estaba orando ó rezando, interrumpia el rezo por despacharlos, persuadido que la mejor devocion era cumplir su obligacion, con que los tenia contentos y gustosos.

Acabado el oficio de Provincial, le vino patente de Rector del colegio de Cebú, que es el segundo de aquella provincia, y cabeza de la de Pintados; pero el bendito Padre se afligió tanto de que le obligasen de nuevo á ser Superior, que los de la provincia, atendiéndole á su consuelo, le descargaron del oficio; y á instancia suya, le enviaron á la isla de Bohol, adonde se retiró para prepararse á la muerte, si bien nunca cesó de cultivar á los indios con la doctrina evangélica, que es buena disposicion para ir á ver á Dios.

VI

Del espíritu de profecía que Dios comunicó al P. Alonso de Humanes, y algunos milagros que hizo Dios por su medio en vida.

La opinion de santidad y el alto concepto que habian cobrado en todas las islas del P. Alonso de Humanes era tal, que no parece podia crecer con los milagros, por muchos que le vieran obrar.

Todos procuraban comunicarle y tratar con él los negocios de sus almas, y se tenian por dichosos los que alcanzaban tiempo para estar con él un rato: y cuando navegaban, se tenian por seguros de todos riesgos, así de enemigos como de tempestades, si acertaban á llevar en su nave al santo Padre, que con este nombre le llamaban, y por muchas experiencias estaban persuadidos que Dios le habia dotado del don de profecía, y que le comunicaba en la oracion los sucesos futuros, como se verá por los casos siguientes:

«Nicolás Gonzalez, sargento mayor del rey, y persona de valor y crédito, le acusaron falsamente émulo de su fortuna, que habiendo podido fácilmente seguir y desbaratar una armada de indios que andaba robando la tierra, movido por sus particulares intereses no lo habia hecho.

»Prendiéronle y aherrojáronle en la fuerza de Cebú, adonde estuvo muchos dias muy afligido por la deshonor que padecia y el descrédito de su persona.

»Sabido el P. Humanes lo que pasaba, movido de su mucha caridad, le encomendó muy de veras á nuestro Señor, rogándole por el buen sargento y pidiéndole ahincadamente que descubriese la verdad, la cual reveló Dios al santo Padre. Dentro de pocos dias fué á visitarle al castillo donde estaba, y le consoló y animó con sus santas palabras, entre las cuales le dijo, que se esforzase y animase, porque le hacia saber, que dentro de breves dias se acabaria su prision, y tendria cargos honrosos en la milicia, y una de las mayores victorias que se hubiese visto en las islas, que haria célebre su nombre: todo lo cual se cumplió como el Padre lo dijo. Porque, averiguada la verdad de su inocencia, el sargento salió libre, y fué enviado á Mindanao por Cabo y Capitan general del ejército del rey, y estando en aquella plaza en isla tan belicosa y grande, y con rey tan poderoso, supo que su armada volvía muy victoriosa y soberbia, y rica de los cautivos y despojos que habian quitado á los cristianos, entre los cuales eran tres frailes Agustinos Descalzos y algunos soldados, y blasonaban que llevaban cautivo al Dios de los cristianos,

porque en una iglesia robaron algunas formas consagradas en su custodia y ornamentos de altares y decir Misa.

»El valeroso Capitan, armado con la cruz de Cristo, y con el buen pronóstico del P. Humanes, salió á los enemigos y los derrotó y venció, echando á pique la nao capitana con su general, y destrozando y cautivando las demás. Quitóles cuantos despojos traian, y las riquezas que habian robado, y dió libertad á los tres frailes Agustinos y á todos los demas cautivos, con gloriosa victoria, la cual se aumentó dentro de poco tiempo que vino el gobernador D. Sebastian Hurtado de Corcuera con el grueso del ejército real á desalojar al enemigo de una fuerte eminencia, adonde se habia fortificado por muchos años, y salia á correr la tierra, haciendo muchas invasiones en las de los cristianos.

»Habiendo el dicho gobernador acometídole con toda su gente, no pudo desalojarle, ántes fué rechazado con muerte de algunos soldados, y necesitado á retirarse. A esta sazón, sin saber de este suceso el sargento Nicolás Gonzalez, acometió el día siguiente la eminencia por la parte contraria con solos ciento y cuatro soldados que pelearon tan esforzadamente, que desalojaron al enemigo y ganaron la eminencia y le quitaron las riquezas que habia robado por espacio de cuarenta años, sin muerte de uno solo de los nuestros, porque siete que salieron heridos, sanaron luego: que fué la más esclarecida victoria que se vió en las islas Filipinas, profetizada por el P. Humanes, á quien, despues de Dios, rindió las gracias el capitan, reconociendo y publicando siempre el espíritu divino que le asistia y revelaba las cosas futuras, como se vió claramente en el caso referido y en otros que ahora diré.

»El gobernador de Manila envió una embajada con soldados españoles al rey de Mindanao: un religioso de los nuestros hizo repetidas instancias por ir acompañándolos, juzgando que á sombra suya habia de hacer gran fruto en aquella tierra, y que no era justo perder tan buena ocasion.

»Los Superiores estuvieron dudosos en darle licencia para la empresa: consultaron al P. Alonso de Humanes sobre el caso, y despues de haberlo encomendado á Dios, respondió que no convenia ir el Padre á aquella mision, porque no se habia de sacar fruto de ella, afirmándolo con tanta seguridad y certeza como si lo viera con los ojos.

»No dió crédito el más celoso que discreto Padre á las palabras del siervo de Dios, y alegando muchas razones en contrario, fatigó á los Superiores, hasta que, cansados de sus instancias, condescendieron con su peticion, errando los unos y los otros, él en instar contra lo que sentian, y ellos en rendirse á lo que juzgaban no convenir, que para resistir á tales sujetos es el valor de los Superiores.

»Habida, pues, la licencia, fué el celoso operario con los embajadores muy alborozado y confiado de ganar aquella vez gran parte del reino y al mismo rey para Dios; pero sucedióle muy al contrario, porque el rey moro no le permitió predicar ni hablar palabra en materia de la ley: despachó á los embajadores con poco gusto, padecieron muchos riesgos, y cogieron ningun fruto de su embajada, como el santo P. Humanes se lo habia profetizado; y el Padre se arrepintió, aunque tarde, de no haberle creído, publicando su yerro, y el espíritu divino del siervo de Dios.

»Cuando se juntó la Congregacion provincial, de que hablamos arriba, juntó el P. Humanes los vocales de sus residencias que habian de entrar en ella, y siendo, como se ha dicho, de su natural muy detenido, y espacioso en sus acciones, en esta fué tan presuroso, que con admiracion de todos, les dió tanta prisa y con tanta vehemencia, que no les permitia decir Misa ni tomar un bocado para navegar, diciendo que importaba mucho la diligencia: y aunque entónces no se les ofreció causa alguna para esto, en llegando al puerto de Manila la conocieron, porque llegó casi con ellos la armada holandesa que surcaba aquellos mares, robando y matando á cuantos encontraban, y probablemente los cogieran y cautivaran, y pudiera ser que los mataran como herejes calvinistas, mortales enemigos de la Compañía, si no fuera por la prisa que les dió el siervo de Dios; en que reconocieron que sin duda tenia algun aviso del cielo del riesgo que padecian en la tardanza, y lo que les importaba la diligencia con que los hizo embarcar.

Otra vez navegando con unos chinos en un navío, que llamaban *Campan*, les sobrevino una recia tempestad, y dándose los chinos por perdidos, clamaban al cielo con grandes voces y gemidos, sin poderse remediar.

El bendito Padre estaba en el camarote de la nave rezando y encomendando á Dios su viaje, y en el mayor riesgo y furia de los vientos y la mar, salió con su rosario en la mano, y con rostro sereno y una boca de risa, los consoló y esforzó, diciendo: «Ea, hijos, no temais, que presto, presto cesará la tempestad, y buenos y sanos llegaremos todos á salvamento.»

El Padre lo dijo y Dios lo cumplió; porque en diciendo esto, se aplacaron los vientos y serenó la mar, y con próspero viaje tomaron el puerto adonde iban, tan admirados del suceso, como los marineros de la nave en que pasaba Cristo el mar de Tiberiades, cuando con una palabra serenó la mar y enfrenó los vientos, y quietó la tempestad, y llenos de admiracion, decian: *¿Quién es este á quien obedecen los vientos y la mar?*

Así decian aquellos chinos en la tempestad que padecieron, cuando en un momento la vieron deshecha, y los vientos enfrenados, y la mar quieta, y su nave segura, platicando entre sí y diciendo: *¿Quién es este á quien obedecen*